

A.G. PORTA

EL INVIERNO
EN MILLBURN

Y OTROS RELATOS

BARCELONA 2025



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2025, by Antoni Garcia Porta
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19958-95-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 406-2025

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
LIBERDÚPLEX *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Sunday Afternoon
(Nueve cuentos)

11

Una historia insólita
con Florence Cambray Bronchard

118

Silver Kane Revisited

181

El invierno en Millburn

245

*Para Carmen Umbón Broquier
y Sebastià Serrano Munuera.*

En cuanto a la escritura, para aquellos que les interese, me despierto y, después de desayunar, escribo a mano en blocs amarillos tamaño oficio tumbado sobre la cama. Trabajo todo el día o, si no, al menos una parte de cada día de la semana. No porque sea un adicto al trabajo, sino porque eso me evita tener que enfrentarme al mundo, uno de los escenarios que menos me gustan. Abro el cajón para buscar notas con ideas que he acumulado a lo largo de los años. Si, después de examinarlas detalladamente, no hay ninguna idea que me sirva, me obligo a pensar en una historia que escribir, aunque me lleve semanas. Ésa es la peor parte del proceso, porque implica quedarme sentado o dando vueltas por mi cuarto, a solas, día tras día, tratando de concentrarme y de no distraerme pensando en el sexo y en la muerte.

WOODY ALLEN,
A propósito de nada. Autobiografía

SUNDAY AFTERNOON
(NUEVE CUENTOS)

Sunday Afternoon.

AHMAD JAMAL

Un escritor es un tipo que se quita los guantes,
dobla la bufanda, menciona la nieve, nombra la
guerra, se frota las manos, mueve el cuello, cuelga
el abrigo, va más allá y se atreve a todo.

Si no se atreve a todo, no será jamás un escritor.

ENRIQUE VILA-MATAS,
Impón tu suerte

CUENTO NÚMERO 1

«En el hotel había noventa y siete publicistas neoyorkinos...». Se trata de la primera frase de un relato que a su vez encabeza una serie de nueve que forman parte de algo más global, un intangible que, junto a la obra de Claude Simon, cambió la idea que tenía el escritor sobre la escritura, la literatura y quién sabe cuántas cosas más. La obsesión, porque puede llamársele así sin ninguna clase de duda, le ha llevado a múltiples lecturas y le ha obsequiado con otras tantas ideas. Así que la primera noticia que conserva de su proyecto de reescribir *Nueve cuentos* la encuentra en un cuaderno fechado hacia 2017, y es una simple nota. Luego ha ido añadiéndole otras que eran como pedazos, o fragmentos con los que se ha tropezado, diseminados en distintas libretas. El escritor no puede asegurar que sean buenos o malos proyectos, simplemente los anotó para desarrollarlos con posterioridad y pasó a otra cosa. En los últimos días se ha enfrentado a esas notas y se ha quedado en blanco, sin que la página haya sufrido el más ligero rasguño. Hasta hoy, hasta ahora, una noche desapacible de invierno en que no puede dormir. Pasan unos minutos de las cuatro de la madrugada cuando se sienta a escribir, y lo que escribe son sus impresiones sobre por qué le resulta imposible abordar ese antiguo proyecto de los *Nueve cuentos*. Sinceramente, le cuesta entender qué pretendía o cómo pudo ocurrírsele la idea. Un verdadero suicidio, pero las ideas son así, suceden, y luego uno, años más tarde, en un frío diciembre de 2022, se queda en blanco, o mejor, se da cuenta de la inutilidad del acto, de que, si de algo ha servido su

idea, es para ponerle en el lugar que le corresponde: en la más pura desidia e inanidad. Y ahí está él, en la madrugada de un viernes escribiendo medio a oscuras bajo la tenue claridad que filtran los cristales de una ventana, pensando en cómo recuperar unos textos que habían de servirle para cada uno de los nueve cuentos, porque a lo largo de los siguientes años hubo ideas que clasificó en lo que consideraba su asiento apropiado y que habían de dar lugar a, o bien pensó que. En fin, esas cosas que no llevan a ninguna parte si no es a garabatear vanamente páginas y más páginas, páginas que le predisponen para sufrir su propio despropósito. Abre la libreta por esa primera anotación de 2017 y luego prosigue su lectura en busca de alguna frase, una palabra, cualquier cosa que le proporcione un algo de esperanza, un lugar donde agarrarse. Y no, no hay nada. Se ríe de sí mismo cuando lee la frase con que se inicia el primero de los relatos: «En el hotel había noventa y siete publicistas neoyorquinos», frase copiada literalmente del original, y a la que había de seguir una versión irreconocible del resto, al modo de esas versiones de temas musicales que sólo distinguimos por la letra o porque el título así lo indica. En su caso, para el CUENTO NÚMERO 1, había desarrollado una idea que sustituía a los publicistas por el personal de la Agencia Espacial Europea destinado a la Guyana francesa, en un hotel cercano a la lanzadera; aunque tal vez deberían ser periodistas, aún no sabe muy bien. Allí, un astronauta y su robot parten en misión a Marte para preparar el camino a una próxima expedición que deberá establecer un primer asentamiento permanente fuera de la Tierra. Forman parte del Programa de Migración Interplanetaria, y en ese aspecto son dos verdaderos exploradores con una grandísima responsabilidad, un gran peso que recae sobre sus espaldas, básicamente las del astronauta, puesto que el

robot ha sido programado para la misión sin inculcarle ninguna clase de sentimiento, o, mejor dicho, así es como debería de haber sido. El escritor pretendía que el navegante espacial encarnase al personaje protagonista, aunque en realidad, en la obra, sólo aparecería en boca de su mujer y de su hijo, sobre todo a partir de la predicción de este último—confirmada más adelante por el Centro Europeo de Control en Darmstadt—de que se perderá contacto con la nave. Los nueve cuentos giran alrededor de este hecho y, del original, sólo conserva las primeras líneas de cada uno de los relatos y, a continuación, una versión suficientemente (i)reconocible.

Bueno, el caso es que en el hotel no hay noventa y siete publicistas, sino unos pocos corresponsales, no llegan a la docena, y la mujer del cuento original dista de ser una recién casada, aunque sí la esposa del astronauta que vuela en estos instantes rumbo a Marte. Es domingo por la tarde y acaba de regresar del puerto espacial, no excesivamente alejado de su alojamiento en Kourou. Los periodistas, en su mayoría, todavía están mandando sus crónicas desde el Centro de Comunicaciones, donde han seguido los pormenores del lanzamiento. Mary Jane, porque la mujer se llama Mary Jane, acaba de echarle un vistazo desde el balcón a su hijo, en la piscina, y ha desaparecido en el interior de la habitación. El cansancio ha seguido a la tensión de las últimas horas y necesitaría dejarse caer en la cama y dar una cabezada. Sin embargo, no se lo puede permitir y se detiene ante la ventana pensando en ordenar sus ideas. Le ha prometido al chico que bajará tan pronto como se cambie y hable con la abuela. Sigue viéndole ahí abajo, a través del cristal, en medio de casi una treintena de tumbonas perfectamen-

te alineadas en grupos de dos o de tres. Él ha elegido uno de tres porque espera que ella ocupe la que queda libre a su izquierda, en la otra ha instalado al robot. La madre se sonríe y devuelve su pensamiento a la abuela del chico. Ha recibido numerosos mensajes, la mayoría de ella, y tiene algunas llamadas perdidas. Se dice que los WhatsApp podrá responderlos desde la piscina. Con su madre prefiere hablar en privado. Suspira profundamente y se descalza con una expeditiva sacudida de los pies. Se desabrocha la falda y luego, con un rápido movimiento de caderas, la deja resbalar hasta el suelo. Abre el armario y, mientras elige un bañador, pulsa el número de su madre en el móvil. ¿Dónde estabas?, es lo primero que le llega del otro lado. Te he mandado infinidad de mensajes. Ocupada, mamá, ocupada. La hija se sienta en la cabecera de la cama, recostada sobre un enorme cojín. ¿Estás bien?, pregunta la mujer. Claro, sudorosa, pero bien. Estoy cansada, mamá. Aquí la humedad no te deja respirar. Mary Jane le explica que lleva demasiadas horas en tensión y que necesita darse un baño, que en cuanto cuelgue bajará a la piscina. Esto no es Boston, mamá, observa. Ya sé, ya sé. La madre ha visto el lanzamiento por el canal que le ha facilitado su hija a través de internet. ¿Has tenido problemas para conectarte?, la interroga. Ninguno. Ya sabes cómo es tu padre. El hombre, antes de irse a sus clases en la universidad se lo ha dejado todo preparado. Durante la cuenta atrás el estómago se le ha hecho un nudo. Menos mal que ha ido bien. De todos modos, no sé por qué motivo han de lanzarse los cohetes desde la selva. ¿No es peligroso estar ahí? Quiero decir si no hay animales salvajes que puedan colarse en tu habitación y todo eso. No, mamá. No hay animales salvajes que puedan colarse en mi habitación. Piensa en un jardín; en un jardín repleto de hibiscos. Kourou es eso, un jardín. Te encanta-

ría. ¿Y por qué un lugar tan alejado? La hija le explica a su madre que éste es el lugar perfecto para un lanzamiento. Le sería imposible contar las veces que ha repetido dicho argumento, pero parece ser que ella lo olvida, ya que su principal preocupación es su seguridad. O, mejor dicho, estar segura de que no le va a suceder nada. Si opina que Europa es un lugar inhóspito para vivir, qué no va a pensar de la Guyana. Estar en el ecuador facilita los lanzamientos porque proporciona un plus de fuerza si se lanzan hacia el este, remacha Mary Jane, que se baja de la cama y extrae un botellín de agua de la nevera. Además, hacia el este sólo hay mar y los propulsores que caen no pueden causar daños. Bebe un trago y deja el botellín sobre la mesita de noche. Bueno, no insistiré, pero sigo pensando que existen lugares desérticos en Estados Unidos que deben de ser más seguros. La hija se ríe pensando en ese lugar de Florida desde donde ejecuta sus lanzamientos la NASA. Déjalo, mamá. Hablan del lanzamiento, la madre le pregunta si lo ha visto a través de una pantalla o en directo. Ella revela que las dos cosas, porque por cuestiones de seguridad estaba tan alejada que tenía los ojos puestos en ambos lados. Sí, había una pantalla a su disposición en el centro de lanzamiento. ¿Y Teddy?, dile que se ponga. No puede, está en la piscina con su robot. ¿Lo has dejado solo? Mamá, es mayor, ya tiene nueve años y sabe nadar. Además, lo veo desde el balcón y está tomando el sol. No será muy fuerte el sol ahí, ¿verdad? Ya sabes lo del cáncer de piel. Sí, ya sabemos. Se ha untado de crema hasta los sobacos y además lleva la bata de su padre puesta. ¿La bata de su padre? Manías que le cogen. Pero ¿cómo está? En su mundo, hay cosas que no cambian. Eso es un problema, apunta la madre. Y cuanto más mayor, mayor lo será. No tienes que preocuparte, está todo controlado, miente la hija. El niño ha mejorado mu-

cho en ese aspecto. Sigue con sus rarezas, pero de un modo que se ve un progreso. ¿Has podido hablar con Jean-Pierre?, pregunta la otra. La última vez hará un par de días, responde Mary Jane. En realidad, lo hibernaron antes de ayer. Así que ni una palabra desde entonces. Hay que ser valiente, la interrumpe la madre. ¿Por qué lo dices? Bueno, supongo que sí, reflexiona la hija, sin esperar la respuesta y sin saber a qué clase de valentía pueda referirse. Si lo piensa detenidamente, podría confeccionar ahora mismo una larga lista de motivos por los que un astronauta que parte en una misión como la de su marido necesita poseer un alto grado de valentía. O de inconsciencia, especula, porque una nunca sabe. De la hibernación a cualquier otro aspecto del viaje, la mayoría palidecería ante una expedición de cuatro años de la que tal vez no consiga regresar. Mary Jane rechaza este último pensamiento. La madre, sin embargo, se refiere al hecho de viajar solo. No viaja solo, puntualiza ella. ¿No viaja solo?, suena a sorpresa más allá de la línea. Viaja con su robot. Ya, pero no sé si un robot es una compañía... Tal vez sea, no sé cómo llamarlo, demasiado fría. ¿Sabes, mamá? Está programado para eso y para muchísimas más cosas, interviene la hija. No sé, se escucha decir como en sordina. Serán demasiados años ahí arriba para que no le afecten de algún modo. ¡Mamá!, exclama la chica. Pero no hay manera. No lo digo yo, lo dice tu padre, que ya sabes que de esto sabe más que nadie. Sí, ya sé, responde Mary Jane, pero es que alguien tiene que hacer ese trabajo y él ha sido el elegido. No todo el mundo reúne las condiciones para una misión como ésta. Sí, pero podían haber elegido a uno soltero y sin hijos, ¿no te parece? Déjalo, mamá. Lo hecho, hecho está, y ahora nosotras no podemos cambiar nada. Él está en el espacio y nosotras aquí. Darle vueltas a eso no lleva a ninguna parte. Si necesito algo es

todo lo contrario. De pronto hay un largo silencio por ambos lados hasta que, al fin, la muchacha lo interrumpe. ¿Me oyes? Sí, sí, te oigo, pero es que no puedo dejar de hacerme preguntas. Me despierto a media noche y ya no puedo volver a dormir dándole vueltas a todo esto. Pues es mejor que te conciencies y, si hace falta, tómate un comprimido de los que anestesian. Ya, es fácil decirlo, pero en la práctica... Luego, la madre pregunta cuándo regresan, ella y su hijo, a Colonia. Mary Jane responde que se quedarán unos días más en el hotel de Kourou. No quiere que el chico pierda más horas de clase, y desea que vuelva a las rutinas, a una cierta normalidad. Tiene que organizarse todavía, pero supone que para el verano irán a verlos a Boston. ¿Y por qué no venís ahora? No, ahora no puede ser, mamá. Necesitamos descansar y en Boston no se descansa nunca. Vaya, objeto la otra. Sabes que es cierto. No sabía que aquí se estuviera tan mal. Mamá, no he dicho eso. Pues suena como tal. No suena como tal. Suena a que ahora necesitamos descansar, y aquí podremos hacerlo sin mayores problemas. Nada de vuelos, nada de viajes. Nos quedaremos en el hotel, sin movernos. A Teddy le irá bien un poco de tranquilidad, y a mí también. A Mary Jane le entra un pitido por la oreja que significa que alguien está intentando contactar con ella. ¿De verdad que ha mejorado?, vuelve a insistir la madre sobre la salud mental del chico. Ya te lo he dicho, insiste la hija acercándose al armario. Con la mano libre se baja las bragas levantando primero el pie derecho y luego el izquierdo y las tira sobre la cama. No le habrá explicado al padre del muchacho eso de que iban a perder contacto con el Centro de Control, ¿verdad? No, responde la hija, se lo prohibí. Bien hecho. ¿Lo has hecho chequear por un psicólogo? Alguien que le revise bien el cerebro por dentro. Sí, mamá, lo han visto los mejores especialistas de Colonia y

no tiene nada grave. ¿Nada grave? No, nada grave. Ahora la chica mantiene la braga del bikini a media altura e introduce el pie por una de las aberturas. Es un niño con mucha imaginación, añade, y ya está. Pero lleva tiempo con esas visiones. Y, además, algunas se cumplen. Sí, pero como es superdotado lo más probable es que tenga una mente deductiva muy potente. Mete la otra pierna y se ajusta la prenda en la cintura. Todo lo que ha pronosticado era previsible. Ése es el diagnóstico. Ya, pero... Mamá, tengo que dejarte, me están llamando y puede que sea del puerto espacial. Te dejo. Ambas siguen unos segundos más en la línea despidiéndose y mandándose besos. Luego, Mary Jane le echa un vistazo al móvil. Es la suegra, que la llama desde Europa. Se observa en el espejo, con el bañador puesto y el albornoz colgando de un brazo. Bebe un trago de agua y devuelve el botellín a la mesita de noche. Por unos segundos mira al techo y sale al balcón a echarle otro vistazo al niño en la piscina. Entonces vuelve a sonar el teléfono, la llamada procede de Perpiñán, en el sur de Francia, y ella comprende que ya no irá junto a su hijo.

De regreso al hotel, un periodista llamado Nicholson ve a Teddy en la piscina, diría que charlando con un robot que es una réplica del que acompaña a su padre en ese largo viaje hacia Marte, y no puede ser que esté tomando el sol o a punto de bañarse porque lo cubre un enorme albornoz. Se dirigía al bar, pero ahora lo reconsidera. Necesita una copa tras pasar demasiadas horas en el centro de prensa, siguiendo el lanzamiento de la *Mars o.o.*, o bien *Mars Zero point Zero*, que es como suele citarla en sus artículos más literarios, y en los que conllevan un punto de humor. Ha redactado la crónica y un par de sueltos rápidos. Ha editado

una cápsula que ha mandado a una de las televisiones regionales que suelen comprar sus reportajes, se ha conectado con una emisora de radio de Nevada y ha decidido volver al hotel. Lo dicho, lleva un exceso de horas pendiente del acontecimiento, y el cuerpo muestra indicios suficientes como para que se tome en serio un merecido descanso. Sigue con la mirada clavada en ese niño y se pregunta si no debería aprovechar la coyuntura para mantener con él un intercambio de pareceres. Ha oído hablar del chico y, por supuesto que uno no puede creer todo lo que se cuenta, pero el hecho de iniciar una charla, una especie de bis a bis fuera de los convencionalismos, tal vez clarifique la idea que se ha ido formando, y, no sólo eso, ya que quizá a cambio obtenga un reportaje. Sacar petróleo de donde no había nada. Algo distinto en lo que nadie ha pensado. Ni siquiera él, que lo ha tenido a tiro en más de una ocasión. ¿Infringe algún código ético de la profesión? Eso va a depender del resultado final. Sin embargo, sabe que no debería presentarse de un modo brusco. Sube a la habitación y se cambia de ropa, se mira en el espejo. Está blanco a más no poder. Por suerte, el bañador que extrae de la maleta no amplifica la blancura, así que se tapa con un albornoz y toma una toalla de piscina. De camino, se pasa por el bar y encarga un ponche. El niño todavía permanece en la tumbona, charlando con su robot. Tal vez sea un tanto mayorcito para conversar a solas con un juguete o lo que sea ese enorme androide.

No vas a abandonar ahora a tu comandante, ¿cierto? El niño sujeta con una mano las solapas de su enorme albornoz y tiende la otra hacia su robot, repantigado en una tumbona a su derecha, como si la tuviera apoyada sobre el bra-

zo de éste. Él confía en ti. En realidad, nada ha cambiado. La misión es la misma, la nave sigue el rumbo establecido de antemano, los tiempos idénticos. Repito, nada ha cambiado. Sólo habéis perdido contacto con la Tierra. ¿Eso significa que deba abandonar su cometido? ¿El proyecto? ¿Permitir que lleguen los nuevos pobladores y que esté todo por hacer? ¿Que no haya nada en ese lugar en el que deberían encontrar una base desde donde iniciar una nueva fase en la historia de la humanidad? Vale, sí, probablemente mandarán una nave no tripulada de reconocimiento para que verifique si existe o no el campo Zero Zero. Si lo que encuentran es un solar vacío, un páramo, habrá que comenzar de nuevo, desde ese otro cero que significa haber perdido años de trabajo. Años perdidos que pueden acabar siendo preciosos para la supervivencia de nuestra especie. Ésa es la clave. No debería desperdiciarse un solo segundo. Por eso la misión debe continuar como si nada ocurriera. Para que no se pierda tiempo, para que el proceso continúe sin dilación. Así que adelante. Échale una mano. Eres un robot de última generación y llegarás adonde mi padre no podrá llegar. No te hace falta respirar oxígeno. No te cansas. La inteligencia artificial gobierna la nave, y tú te has convertido en el compañero ideal. Si ves que se hunde, toma cualquiera de los discursos que llevas contigo y anímalos a que no se rinda. Él es el héroe que en estas circunstancias necesita la Tierra para salir del atolladero en que nos hemos metido. Esa respuesta no es digna de ti. No me creo eso de que lo intentarás, pero que no prometes nada. No veo qué puede fallar. Ya, no digas que tú no estás dentro de la cabeza del comandante y que, en todo caso, debes obedecer sus órdenes. No es necesario desobedecer para dar consejos. De todos modos, tienes suerte, porque nunca ha habido un comandante con tanto talento. Sí, muchacho, sí. No

te escondas, ni mires hacia otra parte. Es francés, pero no sólo le gusta el Nouveau Roman y el Cinéma Vérité, tiene un amplio bagaje cultural y sus gustos abarcan toda clase de música, artes, incluso se interesa por los deportes. Así que no lo tienes nada difícil... Ahora el niño gira la cabeza y le echa una mirada al robot. Hay un largo silencio. Hace rato que el droide ha dejado de responder y que sólo se escucha la infatigable verborrea del chico. Bueno, tampoco parece que eso vaya a preocuparle puesto que devuelve la cabeza hacia el centro y, de nuevo, se entretiene mirando al cielo. Pasan un par de minutos más hasta que, de pronto, suelta: ¿Puedo confesarte una cosa? No, bueno, tres. Tres cosas. Tres confesiones en una sola. ¿Sabes? Le tengo miedo a la oscuridad. A la oscuridad y a estar solo, y que a mi alrededor todo esté oscuro. El robot entiende que esta vez el niño se dirige a él y no a su casi gemelo que anda de viaje. ¿Es que teme a los monstruos?, pregunta. No, los monstruos no existen. Temo que por la noche entren ladrones. Es por eso de dormir con las ventanas abiertas. Ya, el mundo entero tiene miedo, aunque la mayoría no se atreva a confesarlo. Me gustaría tener a mi abuelo conmigo. Al de Boston, me refiero. A decir verdad, el de Perpiñán es más fiero. A ellos no les importa dormir a mi lado. Lo de los ladrones era la segunda. La segunda cosa, me refiero, y la tercera es el dinero. Tengo miedo de que nos quedemos sin dinero y que acabemos como esos pobres que se ven tan a menudo por la calle. Me apena mucho ver a la gente sin recursos, pidiendo limosna. ¿Por qué dices que eso no va a ocurrir? Bueno, lo de que en Europa el sistema de protección social funciona no deja de ser propaganda interesada. En Perpiñán, pero también en Boston, yo veo a gente mendigando por las calles. Incluso en Colonia los hay. Ya, mi familia es como un colchón. Mi madre tiene un buen suel-

do. Además, un astronauta cobra una buena suma y, por si fuera poco, están los abuelos. Vale, retiro la del dinero y la sustituyo por la muerte... Ja, esperaba otra respuesta muchacho. Todo el mundo muere tarde o temprano, pero no es eso. Tiene gracia que digas que acabarás en un chatarrero o en un vertedero. No creo que en tu caso sirva el ejemplo de la obsolescencia programada. Yo me refiero a la muerte como a la ausencia permanente de alguien. Si algún día he de devolvarte, lo más probable es que vayas a un museo. ¿Sabes qué pienso? Que es mejor morir primero. Lo digo porque se me hace una montaña tener que asistir al entierro de un ser querido, de un amigo, de un familiar. El robot argumenta que ése es un pensamiento de gente mayor. Veo que vas aprendiendo, admite el chico. Luego espera unos instantes antes de anunciar: Mi padre ya no volverá. ¿Que cómo sé eso? Tú eres un robot y sólo puedes hacer hipótesis sobre el futuro. Yo lo veo. Sí, el futuro. Ya sé. Te han aleccionado con que eso no es posible, pero es porque quienes te han programado tampoco saben. Porque para comprender esta clase de cosas, primero hay que olvidarse de la lógica y tú no estás capacitado para eso. Sí, tú, melón. Cualquiera diría que te cuesta aprender lo que se sale de tu normalidad. ¿Sabes de qué va la lógica? Y no me respondas con una de esas definiciones de la Wiki... ¿Que si iré a verte a menudo cuando estés en un museo? Claro, pero no cambies de tema.